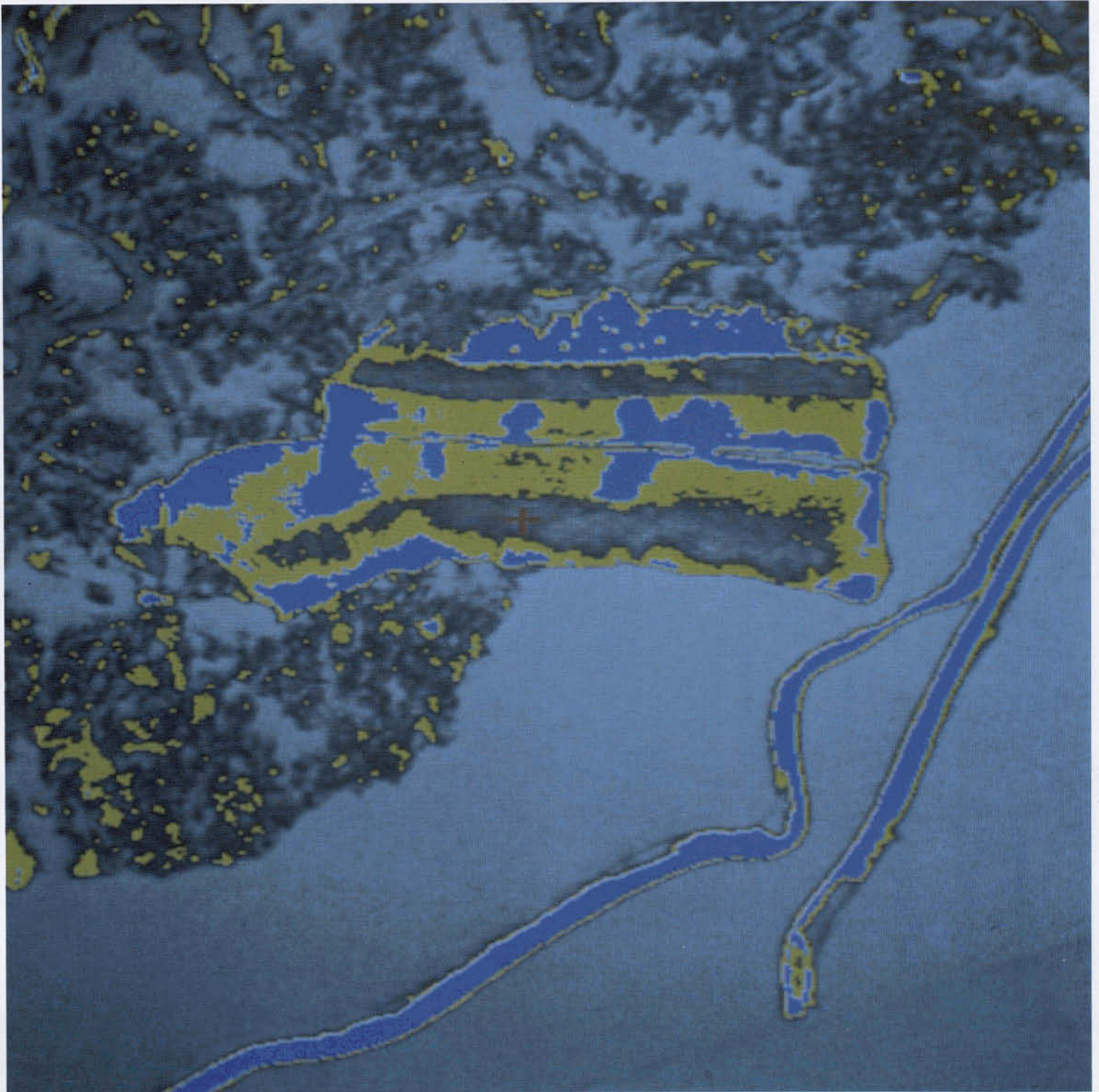
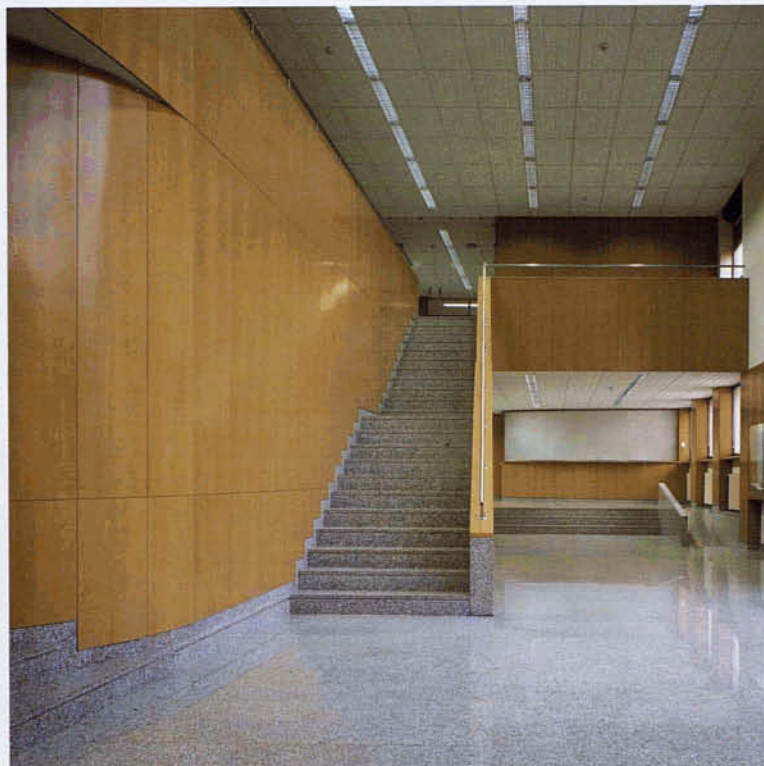




ABRIC ROMANÍ (CAPELLADES, ANOIA). NIVEL ARQUEOLÓGICO H (43.000 AÑOS A.C.). MUESTRA DE HOGAR ARQUEOLÓGICO.
 IMAGEN EN FALSO COLOR DE UN FRAGMENTO QUEMADO DE DIENTE. LABORATORIO DE ARQUEOLOGÍA DE LA UNIVERSIDAD ROVIRA
 I VIRGILI

LAS NUEVAS UNIVERSIDADES



LA CREACIÓN DE LAS NUEVAS UNIVERSIDADES DE CATALUÑA HA GENERADO UNA IDENTIFICACIÓN ENTRE LA CIUDAD Y LA UNIVERSIDAD, ABSOLUTAMENTE ESTIMULANTE Y POSITIVA. NO DEBEN ENTENDERSE DE OTRO MODO LA COLABORACIÓN DE LOS AYUNTAMIENTOS Y LAS DIPUTACIONES EN LA CESIÓN DE SUELO URBANO PARA LA EDIFICACIÓN DE LOS CENTROS, LA CONSTITUCIÓN DE CONSEJOS ECONÓMICOS, Y EL CLIMA DE APOYO CIUDADANO QUE SE HA CREADO.

JOSEP LAPORTE | SALAS COMISIONADO PARA UNIVERSIDADES E INVESTIGACIÓN

Cuando, en 1985, el Estado traspasó sus competencias en materia educativa a la Generalitat de Cataluña, había 120.000 estudiantes. Ahora hay unos 180.000. Éste es el factor determinante: el aumento, perfectamente previsible, de la demanda de estudios superiores y, por consiguiente, el incremento del número de estudiantes universitarios, hasta el punto de hacerse insostenible para una estructura de centros limitada a los de Barcelona, la Autónoma de Barcelona y la Politécnica de Cataluña, que eran las universidades existentes entonces dentro del sistema educativo superior. Ciertamente, hay causas que explican ese espectacular incremento: el crecimiento demográfico y la entrada masiva de las mujeres en todos los estudios universitarios, los efectos de una mejor

escolarización de la población, y un deseo de superación de los jóvenes, que todavía hoy identifican mejora profesional y promoción personal con estudios superiores. Esto no debería ser necesariamente así, ya que el conjunto del sistema educativo depende, en parte, del prestigio que adquieran los estudios de formación profesional, ya que sólo así evitaremos el forzar a la universidad a desempeñar unas funciones que distorsionan su auténtica misión. Pero parece que la actual situación tiende a acercarnos a un modelo americano de enseñanza superior, en el que casi el 50% de la población en la edad correspondiente, cursa estudios universitarios. En cualquier caso, el hecho es inapelable: 60.000 estudiantes más en los últimos siete años. Esto ha comportado, naturalmente, un

problema de ubicación. Primero porque la Universidad de Barcelona, entonces con más de 80.000 estudiantes, no podía ampliarse, so pena de hacerla inviable en todos los sentidos: hacerla prácticamente ingobernable y someterla a unas servitudes —presupuestarias, docentes y de gestión— excesivas. Ni se podían distorsionar los modelos consolidados de la Autónoma de Barcelona o de la Politécnica de Cataluña, que desempeñaban perfectamente su función. Había que buscar, ciertamente, una alternativa.

La solución que mejor se adaptaba a la demanda universitaria consistía en crear una universidad nueva en Barcelona, exactamente en la plaza de Cataluña, como había dicho en una contundente sinécdoque un rector. En la conurbación barcelonesa residía, en rea-

lidad, el 80% del potencial estudiantil de Cataluña. Había otras soluciones que atenuaban esta opción, principalmente las del Maresme y del Bajo Llobregat, es decir, la periferia de Barcelona; unas alternativas que seguían en cierto modo el éxito del modelo de la Universidad Autónoma de Barcelona, y que, aunque más lentas, eran razonables y de futuro. En el otro extremo de la solución estaba la posibilidad de crear un centro —unos centros— que, siguiendo el modelo inglés, alejaran de la gran ciudad el campus universitario. Era una solución quizás fantástica, pero atractiva, y consistía en lo que a veces se ha definido como un "oxbridge", evocando las dos universidades inglesas. Además estaban los núcleos de las grandes ciudades alejadas de Barcelona: Gerona, Lérida y Tarragona/Reus, centros dependientes de las universidades de Barcelona, Autónoma de Barcelona y Politécnica de Cataluña, creados para atenuar la presión sobre Barcelona, ya en tiempos del anterior régimen. Pero convertirlas en universidades era una decisión política. No era el curso natural de las cosas. El esfuerzo presupuestario que significaba, comportaba el riesgo de no solucionar, cuanto menos inmediatamente, la gran demanda barcelonesa, de condicionar los futuros presupuestos universitarios, y de dar pie a una desigual implantación de los estudios. Pero había que encontrar una ubicación para la creciente demanda de estudios superiores, y pronto.

El Consejo Interuniversitario de Cataluña acordó preparar una propuesta de criterios para elaborar la programación universitaria. Por razones de operatividad, se encargó esa tarea a un reducido grupo de personas, designadas por las universidades y por el Departamento de Enseñanza. Trabajaron durante casi un año, y los criterios que este grupo de trabajo propuso, fueron aprobados por el Consejo en su reunión del 24 de julio de 1989.

En el documento que generó el estudio, había dos propuestas alternativas que, en realidad, no eran excluyentes. La llamada Alternativa A comportaba la creación de una cuarta universidad que agrupara inicialmente centros de Derecho, Económicas, Estudios Empresariales y Ciencias de la Información, así como una EUTI (Escuela Universitaria de Traductores e Intérpretes), e incorporara la Escuela Social de Barcelona cuan-



do se produjera su traspaso. Éste es el proyecto de la Universidad Pompeu Fabra: una universidad absolutamente urbana, destinada a atender preferentemente la demanda del área de ciencias sociales. La denominada alternativa B implicaba la creación de universidades en Gerona, Lérida y Tarragona/Reus.

Si se quería optar por uno de los dos modelos, debía prevalecer uno de los siguientes criterios: o el del reequilibrio territorial de Cataluña, que comportaba la creación de núcleos universitarios en otras grandes ciudades catalanas, o la urgencia de hallar una solución inmediata al inaplazable problema de la creciente demanda de la población de Barcelona, que amenazaba con desbordar el proyecto ya consolidado de la Universidad Autónoma de Barcelona, o con agravar los problemas de la Universidad de Barcelona. La naturaleza de las cosas propiciaba la Alternativa A, pero la decisión política, que con los años se ha revelado absolutamente acertada, intentó rectificar, mejorándolo, este curso natural de las cosas.

El sentido y la función de la Universidad Pompeu Fabra son casi una obviedad, y el proyecto se lleva a cabo con la calidad y el rigor que convienen a una universidad nueva. La creación de centros en Gerona, Lérida y Tarragona/Reus respondió a una explícita voluntad de reequilibrio del territorio. La función de atender la demanda de estudios superiores se ha cumplido, como era previsible, en parte. En realidad no existe la cultura, absolutamente habitual entre los ingleses, por ejemplo, de cursar los estudios superiores fuera de la residencia habitual, ni existe, también hay que decirlo, la red de residencias universitarias que lo propicien. Tampoco ha sido posible, por el momento, redistri-

buir las titulaciones, de manera que estas universidades no sean una mera repetición de los modelos ya existentes. Y además, estos centros no sólo atienden la demanda de sus respectivas zonas, sino que también la fomentan. Todo ello ha provocado que, aunque su creación haya disminuido la presión de la demanda universitaria, en realidad su función —y su principal acierto— haya sido otra. La creación de las nuevas universidades ha generado una identificación entre la ciudad y la universidad absolutamente estimulante y positiva. No deben entenderse de otro modo la colaboración de los ayuntamientos y diputaciones en la cesión de suelo urbano para la edificación de centros, la constitución de consejos absolutamente implicados en el futuro de la universidad, y el clima de apoyo ciudadano —basta echar una ojeada a la prensa local— que las acoge. Gerona, Lérida y Tarragona/Reus han mejorado extraordinariamente su peso en el conjunto de Cataluña, y han sabido convertir a las universidades en poderosos centros de influencia económica, académica y cultural, inimaginables si no se hubieran convertido en ciudades universitarias. Los equipamientos universitarios —facultades y escuelas— han servido para generar el tejido urbano, y constituyen un motivo de orgullo para las ciudades que los acogen. La opción se ha demostrado viable, positiva y con futuro. La función reequilibradora del territorio de dichos centros, no ha hecho más que empezar.

Paralelamente, dos iniciativas privadas han completado el panorama: los Estudios Universitarios de Vic, una iniciativa ejemplar que, con el apoyo de la ciudad, la han convertido en un núcleo universitario —todavía no una universidad— perfectamente integrado en la comarca, ya consolidado y con un futuro innegable, y especialmente la Universidad Ramon Llull, en Barcelona, que por iniciativa de la Iglesia católica articula en un ambicioso proyecto los centros universitarios de inspiración cristiana, antes dispersos.

A este panorama hay que añadir unas iniciativas locales —Manresa, Igualada, Mataró, Vilanova y Tortosa— que amplían aún la red territorial de la universidad pública, y que diseñan un mapa universitario muy completo, que intenta atender racionalmente la demanda, además de ser un factor decisivo de reequilibrio territorial. ●